



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14237

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

LUNES 17 DE MAYO DE 1909

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos póstales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Joux, 31, Faubourg-Montmartre.

## FANATISMO

Desde hace días, muchas familias de esta ciudad vienen encontrándose bajo de las puertas de sus domicilios un sobre que contiene una oración religiosa, que lleva á continuación la siguiente nota:

«La persona que rece esta oración nueve días y la envíe cada día á una, empezando el mismo día que se recibe, á los nueve tendrá una alegría».

En Jerusalén, la hermana Quiteria decía que el que rece esta oración será librado de calamidades. Esta oración ha sido mandada extender por el señor Obispo de la Diócesis.

Una mujer que no lo hizo perdió su hijo único, ocho días después de haberla recibido.

Una señora de esta ciudad, que se encontró dicha oración por bajo de la puerta de su domicilio, y por creerla hija del fanatismo no la ha repartido, recibió ayer por correo un anónimo amenazando que si no lo hace inmediatamente, perderá á su hijo.

Se hace preciso, como ya sucedió en otra ocasión, que la autoridad eclesiástica, á quien compete esta clase de asuntos, noticie á sus feligreses que la tal oración es obra de algún fanático, que no puede estar autorizado ni por el Sr. Obispo ni por nadie.

Estas paparruchas hacen un daño grandísimo á la religión, lo cual deben evitar los que tienen autoridad para ello.

## Cruzada contra blasfemos

Generalmente, los blasfemos son gente de poco más ó menos, mal alimentada, peor vestida y pesimamente dispuesta. Ya lo dice el refrán, donde no hay harina...

El emplear palabrotas de mal gusto es propio de personas ordinarias y miserables. Por eso el castigar esa costumbre bárbara, con multas más ó menos intensas constituye un acierto.

Blasfemia (vaya un poquito de «sindéresis») viene del griego «blaptein», perjudicar, dañar, y «pemen» reputación; por donde resulta que blasfemar es inferir un perjuicio ó dañar una reputación.

No falta quien crea que blasfemar es proferir palabras injuriosas contra Dios, Supremo Hacedor de todas las cosas, ó la Virgen, nuestra madre amantísima ó contra los ángeles y los santos.

Eso es y puede ser cuando la blasfemia se profiere contra la religión; pero también puede ser ó proferirse contra cosas ó entidades profanas, incluso el papá ó la mamá de algún ciudadano pacífico, y entonces la blasfemia adquiere el carácter de injuria personal.

De todos modos constituye un vituperio, un baldón, una ignominia, un oprobio, y como tal no debe tolerarse entre gentes bien educadas. El que tolera una blasfemia, se pone á la altura del que la profiere; y como la blasfemia es sustancialmente una expresión de cobardía insigne, síguese que quien la soporta es ni más ni menos un cobarde.

Justo es aplaudir la iniciativa de los varones justos y los requerimientos de distinguidos publicistas para que se ataje y ponga coto á esa mala costumbre de proferir blasfemias á tonas y á locas, á diestro y siniestro, sin qué ni para qué, tan extendida y

propagada entre las clases más incultas de la sociedad española.

Pero es más de aplaudir todavía que las autoridades hayan acogido presurosas esa iniciativa, y poniendo pies en pared, como suele decirse, hayan decidido aislar á los blasfemos y singularizarlos por medio de la implantación de multas, y la adopción de un registro especial, donde por medio de tarjetas ó fichas, de forma idéntica á la que se utiliza para los sospechosos, permitan seguir constantemente la pista y desconcertarles en todas partes á quienes empleen un lenguaje procoz ó injurioso contra hechos, cosas ó personas merecedoras de consideración y de respeto.

Si ello no constituyese un atentado á la personalidad, yo propondría un procedimiento más expeditivo para singularizar á los blasfemos, y había de ser el de ponerles á modo de estigma, una señal en la frente, una B impresa con hierro candente, al modo como los ganaderos marcan sus reses; todo ello sin perjuicio de exigir la multa correspondiente, ó arresto en caso de insolvencia y la consiguiente inscripción en el supradicho Registro.

Ya que haya blasfemos que tengan la gallardía de ostentar el emblema, el estigma, la marca ó la señal de tales; y por supuesto, á todo individuo que llevase impresa en la frente la infamante B se le negaría el saludo, se le cerrarían todas las puertas, se impondría la prestación personal en las obras públicas, se le impediría el acceso á los destinos y cargos públicos, en una palabra se le acorralaría como á una fiera corrupta.

Al poco tiempo de emplear tan radicales procedimientos es seguro que no habría sobre toda la faz de la tierra un solo blasfemo para contarle.

## El hijo

—Pues ha d'ir mi chico al baulizo ó vais á saber quien es el cestero.

—Amos, amos, no seas apatusco; demás hace el tío Manuel en convidate.

No, señor, cuando se convida al padre, se convida al hijo, porque si nó es un desprecio y á mí no me desprecia nadie!

—¿Por qué no vés á iciselo tú? ¿A que no?

—¡Valenciano si no vas!

—¿Que no?

—Pues ahora mismo.

(En casa del tío Manuel. El cestero entra de muy mal humor y dice.)

—¿Con que á mi pequeño no se le puede convidar al bautizo?

—¿Pa qué? ¿Pa que nos llame orgullosa, y nos escupa en los platos como hizo el día de la boda? ¡No me da la gana, tu pequeño no entra en mi casa!

—Bueno, pues yo le digo á usted que entra.

—Pues yo te digo que no entra. Ven tú que merendarás bien y pasarás la tarde, y al chico se le enviarán dulces y nueces y mostillo y coscarabas y una mijá de todo, vaya.

—Pero tan y mientras, yo le digo á usted que entrará.

—¡Eal! No hablemos más de esto porque vamos á acabar mal. ¡Hasta la tarde!

Por la tarde.

La casa del tío Manuel está de fiesta. Se ha bautizado al hijo de sus hi-

jos. ¡El primer nieto! Manuel ha echado el resto.

En medio de la sala, una mesa para cincuenta amigos, y en ella cuanto Dios crió.

La abuela ha hecho ella misma los platos. ¡Natillas, huevos moles, torrijas, mantecados, cuajada!

Y además, adornan la mesa los melones de cue'ga, reservados para esta casa; las uvas de Cosuenda, el pan de ligos de Frage; y de trecho en trecho, los roscones y las culecas con sus cinco huevos duros, y las almehdras garrapiñadas y el mostillo del año.

La casa se llena de gente, los padres enseñan al niño recién bautizado. Todos los convidados dicen que «parece que tiene tres meses.» Las viejas le besan, las solteras hacen corro aparte con los mozos del pueblo.

Se espera al señor cura, que tarda en venir porque está enterrando al cabo de la guardia civil. Mientras llega, el abuelo cuenta cuentos, y el médico los cuenta de color muy subido para que la gente joven se ria y se ponga colorada, que es lo que á él le gusta.

Por fin aparece el cura y su presencia es saludada con una salva de aplausos. Con él viene el cestero, que ya no parece tan enojado como lo estuvo á la mañana.

El abuelo grita: —¡Sentáse!

Y se sientan todos. El señor cura á la cabecera de la mesa y á la otra parte el cestero, para echar las coplas, porque además de hacer cestas, hace versos, y es el poeta del pueblo.

Y venga comer y beber y reir; y la recién parida desde la cama, dice que le lleven algo bueno, y con permiso del médico le llevan un pedazo de roscon y una copa de «carriñena».

A los diez minutos reina la mayor animación, y el público pide que el cestero diga algo.

El señor cura.—¡Vamos, Santiago, échale!

—No tengo humor—dice el cestero dándose tono.

—Todos.—¡Que te echel!

El abuelo.—¡Echala, tozudo, más que tozudo.

—¡Que no la echo!

—Una buena moza.—¿Y si se lo digo á usted yo?

—¿Vas á desairar á la Ramona?

—¡A que nó!

—Vaya, que ya está sacando las coplas de la cabeza. ¡Míalo cómo se rasca!

El cestero.—Bueno, echaré la copla, pero con una condición, y si no, no digo nada.

—A ver, á ver, cual.

—Que el señor cura me deje echeros la bendición primero.

¿Pues pa qué está el cura más que pa eso?

El señor cura.—Vamos á darle gusto, que en eso no hay nada de malo. Tú, que es lo que quieres, ¿bendecirnos como si tú fueras yo?

—Sí señor.

—Pues anda.

El cestero levantándose.—En el nombre del Padre y del Espíritu Santo...

¿Y el hijo?

—¿Y el hijo?

—Se te ha olvidado el hijo?

Todos.—¿Y el hijo?

(El cestero, yendo al balcón y gritando):

—¡Manolico! Sube en seguida, que te llaman estos señores!

El abuelo.—¡Ah, pillol!

—¿No le dije á usted que entraría!

Eusebio Blasco.

## Para los padres de familia

1.—Los primeros educadores del niño, son sus padres; el primer lugar de educación es la familia.

2.—En particular la madre deberá tener conciencia de su deber educativo; es ella la que deberá ser para el niño, no solamente la primera y la mejor cuidadora, sino también su maestra y educadora.

3.—Una buena biblioteca de familia, por reducida que ella fuera, debe contener cuando menos un libro sobre enseñanza y consejos en materias de educación.

4.—Reconoced y estimad la escuela como fiel colaboradora en la educación del niño.

5.—No dejéis al entregar el niño á la escuela, de informar al maestro respecto á la salud del nuevo alumno.

6.—Desde el día de su ingreso hasta el de la despedida, tratad de quedar en contacto con los maestros y con la escuela.

Biblioteca DEL Eco DE CARTAGENA 64

de humo azulado, que arremolinándose por cima de las carronadas, atestiguaban las disposiciones aun hostiles de aquella nave singular.

En fin, Claudio Barronao Marcial acostó á la goleta.

(Esto fué en un viernes del mes de Julio de 18... á las siete y veintinueve minutos de la mañana).

En el momento en que Benito se disponía á subir á bordo se oyó un toque de silbato agudo y modulado. Esta muestra de deferencia, que en la etiqueta náutica señala siempre la llegada de un personaje de distinción, inspiró un poco de seguridad á nuestro buen capitán.

—Vaya, que no son tan salvajes como parece, —dijo trepando, valido de cabos que se le habían oclado con galantería.

Llegó á la cubierta de «La Hiena». (La goleta se llamaba La Hiena.)

Allí, á no ser por la gracia cortés con que habían tocado el silbato, mientras él gateaba á bordo habría sentido Benito una punzante inquietud, al apartar en aquellos horribles tripulaciones.

¡Qué cosas, Dios eterno!

La tripulación de «La Catalina» no se componía de tímidos adolescentes que, acababan de separarse por primera vez de una buena y anciana madre, levándose su santa bendición; ni que se enjagaran

Biblioteca de El Eco DE CARTAGENA 61

—¡Ah de la goleta! ¿de dónde venís? ¿Qué queréis del capitán? ¿Por qué no leáis vuestro pibellón? ¿De qué nación sois? Yo no ca conosco... Soy francés y voy de Nantes á la Jamaica. No he encontrado embarcación alguna.

La boina de la goleta, cuya ancha boca estaba siempre á la vista, dejó correr todo este torb lino de preguntas y respuestas sin contestar, y después de un momento de silencio repitió en gruesa voz, con el mismo acento y la misma medida.

—¡Ah del bergantín! enviad un bote á bordo con el capitán dentro.

Y un cañonazo que á nadie hirió, partió con la última palabra de la frase, como para dar mayor fuerza á su demanda.

—¡El perro es porfiado! dijo Benito, no hay más que hociar. ¡Oh, mi pobre Simón, Simón! ¿dónde estás?... El osquite al agua, Calixto, y cuatro hombres para remar en él.

—Capitán, dijo Calixto, no os fiéis; eso me huele á alibustero.

—¿Qué diablos quieres que haga? ¿No ves el modo que tiene de pedirlo? Quizás tenga necesidad de agua ó de víveres.

Y el desdichado Benito pasó el bote á medio vestir y sin sombrero... en el momento en que la